

# EL PRIMER *CANCIONERO DE COPLAS FLAMENCAS*, DE UN ECIJANO, SEMIANALFABETO, LLAMADO MANUEL BALMASEDA Y GONZALEZ.

Noviembre 2017  
Ramón Freire Gálvez.

En una de las arterias de la Ronda del Ferrocarril de Écija, existe una calle que lleva por nombre "*Poeta Balmaseda González*". Justo reconocimiento a un ecijano, que con muy poca cultura, por no decir ninguna, dentro de su memoria, cultivó grandes cantidades de letras flamencas, que como verá usted querido lector más adelante, gracias a Luis Montoto y Antonio Machado, fueron recogidas en lo que se llamó *Cancionero de coplas flamencas* y con ello perpetuaron la memoria de este también ilustre astigitano.



Lo que sigue, es a grandes rasgos, una pequeña biografía del mismo, para que las generaciones presentes y futuras reconozcan sus grandes méritos poéticos.

Manuel Balmaseda y González, nació en Écija a las cuatro de la tarde del día 14 de Diciembre de 1856 en el número 9 de la calle Marchena, siendo bautizado al día siguiente, en la Parroquia de Santiago, por el cura Juan Santos Herrera, apareciendo inscrito como "**Barmaseda**", hijo de Francisco Barmaseda y Valle González (casados en Santiago ese mismo año), nieto por línea paterna de Francisco Barmaseda y Rosario Borja y por la materna de Juan González y Valle Sánchez (*Libro 75 de Bautismos, página 264 vuelta, Parroquia de Santiago*).

Pasó toda su infancia en Sevilla. Su infortunada familia vivió siempre al amparo de la marquesa viuda de *Casa Tavares* hasta el año de 1863, fecha en que murió esta. A partir de ello, la familia conoce la más completa de las miserias, dedicándose a toda clase de trabajos manuales hasta que, años más tarde, obtiene una plaza de mozo de ferrocarriles.



En 1881, E. Hidalgo publicó su obra, con el título de *Primer cancionero de coplas flamencas populares a estilo de Andalucía, comprensivo de polos, peteneras, jaleos, soleares y playeras o seguirillas gitanas*. El prólogo de esta primera edición dice textualmente:

Carece de instrucción, hasta el punto de no saber leer ni escribir, sino muy defectuosamente, pero en cambio se halla dotado de talento natural, imaginación rica, poética y fecunda, así como gran facilidad para expresar sus ideas y sentimientos..."

También añade el prólogo que: "sus coplas son tristísimas en su mayoría, misteriosas notas escapadas del arpa del genio del dolor, ayes y suspiros de un corazón acostumbrado habitualmente al sufrimiento, voces lánguidas y apagadas, como las del moribundo que exhala su postrer aliento abandonado en la soledad de los campos."

A pesar de ello, Balmaseda continuaba limpiando coches y cargando bultos en las estaciones de Córdoba, Cádiz y Alcalá. Murió, al parecer, en Málaga, de tisis engendrada por las privaciones.



Las cartas cruzadas entre Luis Montoto y Antonio Machado, con motivo de la muerte del poeta, nos aclaran que murió de inanición, víctima de las hambrunas periódicas que asolaban a las provincias andaluzas. Por ello, su inspiración popular, se encuentra con la presencia continua de la muerte, no literaria sino real.

Pero para comprender mejor, parte de la propia vida del poeta ecijano, a través de Montoto y Machado, se hace necesario aportar algunos apartados de las cartas que, relacionados con el mismo, se cruzan entre ambos.

### **De la carta dirigida a Antonio Machado y Álvarez (Demófilo) por Luis Montoto:**

Querido Antonio: A mediados del año último, al acusarte el recibo de tu preciosa colección de cantes flamencos, te di cuenta de un libro que, por acaso, había llegado a mis manos y sobre él llamé tu atención, recomendándote el autor, en los términos siguientes (*La Ilustración Bética*, número VII): A un tiempo mismo recibí tu *Colección* y un librito titulado *Primer cancionero de coplas flamencas*, cuyo autor es un trabajador en las líneas férreas, limpiador de los coches de los trenes de viajeros. Desprovisto de toda educación literaria, siente hondo y tiene de poeta más que muchos de los que escriben versos muy pulidos y aderezados.

Manuel Balmaseda, que así es nombrado canta porque sí, por la misma razón que canta el pájaro, porque Dios ha querido que cante. Y si es o no poeta, tú lo dirás después de haber leído sus coplas. Canta nuestro pobre trabajador:

*Si el queré era bueno o malo/ a un sabio le pregunté/ y el sabio no había querío/ y no supo respondé/ Todos los sabios del mundo/ vienen a aprendé de mí/ y aprovechan la ocasión/ cuando me sienten dormir...*



Ahora bien, querido Antonio, Balmaseda ha muerto y ha muerto como mueren los hijos del trabajo, sumido en la miseria, dejando en el mayor de los desamparos a una viuda, modelo de madres y a una niña que apenas se balbucea el nombre de su padre desventurado. Balmaseda salió de Sevilla hace algunos meses, en busca de trabajo y dio en Málaga.

Me dice una persona respetable, que el autor de Primer cancionero de coplas flamencas iha muerto de hambre! Yo no sé si sus compañeros en el trabajo, dirán su oración fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos



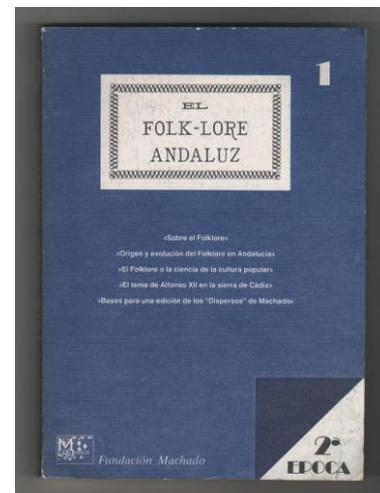
y su mayor o menor destreza en limpiar los coches en las líneas férreas, que este era su oficio; tengo, sí, el convencimiento de que tú exclamarás, al pasar por la vista estas letras, escritas al correr de la pluma: ¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!

Y como sé, a mayor abundamiento, que tú eres bueno, quiero que hagas, no por Balmaseda, que ya no es de nosotros, sino por su mujer y su hija, todo el bien posible. Tú y yo somos pobres, como Balmaseda, vivimos de lo que nos da, a duras penas, nuestro honrado trabajo. Si de nuestro modestísimo haber distrajáramos un real, hurtaríamos a nuestras mujeres y a nuestros hijos el pan que le debemos.

Se me ocurre un medio; recomienda en la revista *El Folklore Andaluz* la adquisición del libro de Balmaseda. No cuesta más de una peseta y está en venta en la librería de Hidalgo y Compañía en la calle Génova. La edición del *Primer cancionero de coplas flamencas* es la herencia que Balmaseda ha dejado; procuremos que no sea ilusoria. Cuarenta o cincuenta duros, que es todo lo más que costará la edición, son una fortuna para los que viven de un jornal incierto, cuya cuantía asciende a iseis o siete reales diarios!

Recomienda, recomienda el *Cancionero*, como yo lo hará, recomiéndalo, porque bien vale cuatro reales y porque practicaremos así una verdadera obra de caridad. Tengo para mí que los socios de *El Folklore Andaluz*, predispuestos a hacer cosas muy buenas, no harían cosa mala acudiendo a comprar el libro de Balmaseda.

La mujer y la hija del poeta esperan, con las ansias del hambriento, un bollo de pan. Y cuando el producto de la venta de los ejemplares del *Primer cancionero de coplas flamencas*, se resuelva en el pan que aplaque el hambre de las prendas más queridas del poeta del pueblo, o en el lienzo que cubra sus carnes, créelo Antonio, Balmaseda dará por bien empleadas sus luchas interiores, sus aspiraciones muy por encima del círculo de hierro



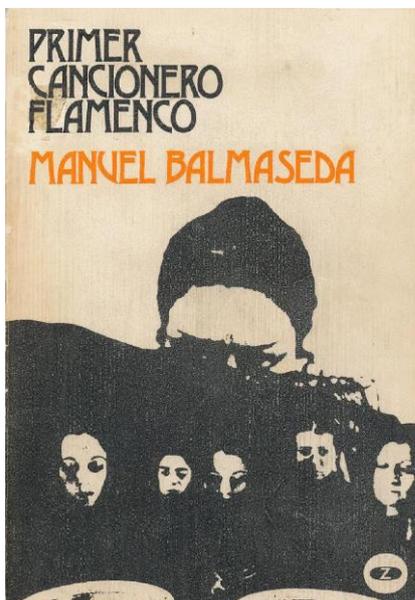
en que estuvo aprisionado y sus horas de mortales angustias, horas que le inspiraron esta copla:

*Un dolorsito continuo/ tengo en el lao derecho/ son gorpes del corazón/  
que me están partiendo el pecho/ Mi pecho lo están partiendo/yo no lo puedo  
aguantá/ son muchos los asesinos/ y grandes gorpes le dan.*

Antonio, pidamos una limosna por el desgraciado Balmaseda, que es cuando podemos hacer los pobres. Tuyo afmo. Luis Montoto.

Si expresiva y patética es la carta del anterior, dirigida a Antonio Machado, no lo es menos la respuesta del poeta sevillano, que le dirige carta contestándole:

“Querido Luis. La mejor recomendación que pudiera hacer del primer



*Cancionero de coplas flamencas*, del honrado jornalero y malogrado poeta popular M. Balmaseda, cuya obra ha sido dada a conocer a toda Europa por nuestro ilustre consocio honorario el Sr. Pitré, es insertar tu carta, que tan perfectamente retrata los nobles y delicados sentimientos de tu corazón.

La generosidad del propósito que te anima no ha menester auxilio alguno, ni mi modesto nombre podría añadir la menor eficacia a la invitación hecha por el inspirado autor de la bella colección de cantares, titulada *Melancolías*. Tuya ha sido la iniciativa de pedir una limosna para el honrado hijo del trabajo y tuya ha de ser también la gloria de proporcionársela, siquiera para ello concurren, como creo que han de concurrir, sin duda, con su modelo óbolo, todos

los verdaderos amantes de la literatura popular, acudiendo a la librería del Sr. Hidalgo a comprar la obra del malogrado escritor Balmaseda.

Sociedad la del *Fol-Klore*, eminentemente científica e inspirada en los altos ideales de la justicia y de la fraternidad humana, aspira no sólo a la consecución de la verdad mediante prolijas disquisiciones sino a la dignificación de los hombres por medio de la virtud y del trabajo; por esta razón está llamada no a socorrer, eso es, a detener momentáneamente el vertiginoso curso de la desgracia, sino a procurar por medios justos la desaparición de los vicios sociales que la engendran y que la limosna es impotente para combatir.



«En el corazón tenía  
la espina de una pasión:  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón»

*Antonio Machado*  
1875-1939

¡Cuán hermoso sería, querido Luis, que la mujer de Balmaseda y esa pobre niña que apenas balbucea el nombre de su padre, hallasen en la herencia que recibieron del poeta popular, convenientemente fomentada por el trabajo que todo lo ennoblece, una

modesta renta vitalicia con que poder subvenir no sólo a las necesidades de hoy, sino a las no menos imperiosas del mañana!

De este modo las luchas interiores, las horas de mortales angustias y las aspiraciones del noble hijo del pueblo, muy por encima del círculo de hierro en que estuvo aprisionado, habrían logrado establecer un vínculo constante entre él y los seres de su familia que le han sobrevivido.

¡Ojalá que la sociedad de que me supones fundador estuviese constituida, y bien sola, bien en unión de las demás análogas que existen en Europa, pudiera realizar tan hermoso ideal! ¡Ojalá que entonces, con el concurso de todos, se hiciera una nueva edición de la obra con cuyo producto pudiese la viuda montar un pequeño taller que, al par que la proporcionase un medio honroso de subsistencia para sí y para su inocente hija, le hiciera comprender todo el valor de la modesta herencia recibida!

El trabajo, para fomentar esta herencia, sería a mi entender, querido Luis, la mejor oración que la esposa podría elevar a la memoria del honrado poeta y el mejor tributo que pudiéramos rendirle los que somos como él obreros de la inteligencia. Sabe cuánto te quiere tu amigo. *Demófilo*.

Precisamente el *Primer Cancionero de Coplas Flamencas*, se publica después de un siglo de su creación, lo que se considerará como el *primer cancionero de coplas flamencas populares* según el estilo de Andalucía y es que el nombre de Balmaseda no debería faltar en ninguna historia menuda y precisa de la literatura española y, particularmente, de la poesía popular y por ende el flamenco, como síntoma o revelación de una tendencia literaria aún vigente en las escurriduras o postrimerías del Romanticismo. La edición y el prólogo corren a cargo de Enrique Baltanás. La impresión que se hizo de dichas coplas en 1881 en impresores de calle Génova de Sevilla, se titulaba: *Primer cancionero de coplas populares* comprensivo de polos, peteneras, jaléo, cantos de soleá (vulgo soleares), y playeras o seguidillas gitanas.

Decíamos al principio de esta pequeña biografía, que estuvo al amparo de la marquesa de *Casa Tabares*, hasta que esta falleció en 1863.

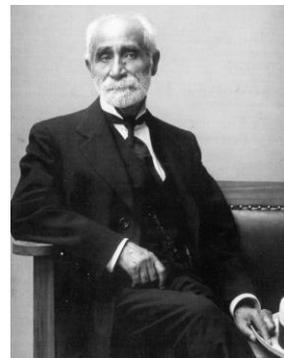


Dicha señora se trataba de Doña María del Rosario Fernández de Bobadilla y Fernández de Bobadilla, bautizada en Écija, en Santa Bárbara, el 3 de Octubre de 1800. Testó en Sevilla, ante don Eusebio Gómez Andía, en 4 de Junio de 1856; hizo codicilo en Écija ante D. Ángel Díaz en 8 de Diciembre de 1863, y falleció soltera en esta última ciudad, siendo enterrada por el parroquial de Santa María el 25 del mismo mes y año de 1863.

En otra de las biografías encontradas, concretamente en *Rahô dialertalê i ortografîa en tehtô andaluzê* de Francisco García Duarte y Gorka Redondo Lanzas Barcelona, agosto, 2006, si bien se comete el error de señalar a Málaga como la ciudad donde nació Balmaseda, se recoge sobre el mismo:

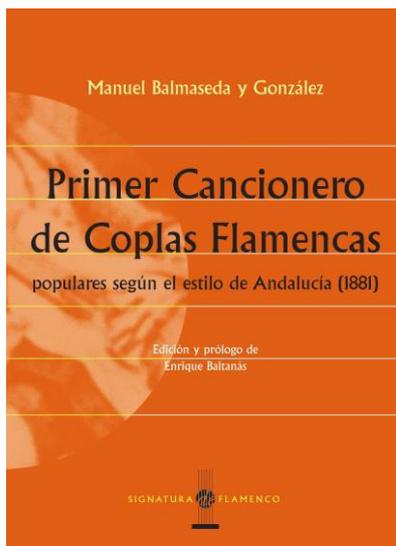
“...En la segunda mitad del siglo XIX tenemos a dos recopiladores de la tradición oral andaluza. Uno, Antonio Machado Álvarez “Demófilo” recopilador de letras flamencas, y el otro, Francisco Rodríguez Marín, recopilador de poemas y cuentos populares. Los dos tuvieron la necesidad de emplear una grafía que reflejase el habla andaluza.

A estos dos eruditos folcloristas estudiosos del flamenco, entre otras cosas, hay que añadir el nombre del malagueño Manuel Balmaseda; de extracción humilde y vida difícil, recoge sus experiencias en una colección de coplas flamencas que, con el tiempo, será la primera –y quizá la más influyente- de este género de creación poética.



Ya en otra, donde se hace mención a la intervención de Luis Montoto (a favor de la viuda e hija), se concreta que nació en Écija, en el seno de una familia muy humilde, que se trasladó pronto a Sevilla, donde Manuel pasó casi toda su infancia. Al llegar a la adolescencia, trabajó de mozo de ferrocarriles. Su formación escolar fue muy breve, de manera que apenas sabía leer y escribir, según explicaban sus editores; sin embargo, su sensibilidad y sus aptitudes literarias eran sobresalientes.

Los eruditos folcloristas de la época entraron en contacto con él, cuando ya residía en Málaga y, por iniciativa de uno de ellos, Giuseppe Pitré (en la foto de la derecha), publicó una colección de coplas de largo título “*Primer cancionero de coplas flamencas populares a estilo de Andalucía...*”. La admiración de los intelectuales, sin embargo, no contribuyó a sacarlo de la pobreza –se cuenta que Luis Montoto intentó conseguirle la ayuda de los socios de *El Fol-klore Andaluz*, pero éstos, en general, no respondieron- y M. Balmaseda murió de tuberculosis, tan pobre como había nacido.



El libro, por otra parte, no se vendió mucho, pero, con el tiempo, las coplas de su cancionero se popularizaron y pasaron a formar parte del extraordinario acervo poético del cante flamenco. Y, aunque haya tenido que pasar más de un siglo, en 2001, la editorial *Signatura de Flamenco* las ha reeditado, tarea que ha llevado a cabo E. Baltanás. Hay también, al parecer, una edición de 1973, en Ed. Zero, Bilbao, con prólogo de José Luis Ortiz Nuevo, que no se ha tenido en cuenta en la presentación de ésta última de Signatura.

Por último, el 21 de marzo de 2009, en Folclore y flamenco de *kaprichodelsur*, se recoge una pequeña biografía dedicada al poeta ecijano, donde sí se tiene en cuenta la ayuda de Machado y se escribe: Balmaseda y

González, Manuel: Obrero eventual, limpiador de vagones de los ferrocarriles y poeta semianalfabeto, durante su infancia tuvo una breve protección por parte de una caprichosa marquesa para la que trabajaba su padre. A la muerte de ésta, el joven Balmaseda perdió el favor de su protectora, lo que le empujaría a una vida de trabajos y años amargos sobre los que escribiría uno de sus primeros versos:

*"En el libro de mi vía, hay muchas hojas en blanco, para escribir las duquillas, que en mis trabajitos paso".*

Tiempos difíciles aquellos de la segunda mitad del siglo XIX, en los que le tocó malvivir a Manuel Balmaseda y González. Sin embargo, a pesar de las dificultades, o tal vez gracias a ellas, creó el *Primer Cancionero Flamenco* que se conoce en la historia, que no es una recopilación del acervo popular, sino el fruto de su genial inspiración. Eso sí, en cuerpo y alma tan cerca del pueblo, que araña las entrañas de todo lector sensible por la cruda realidad de sus testimonios:

*"Una vez estuve preso, a verme tu no venías; ¡Yo comía de mis carnes, y de mi sangre bebía!"*

Su libro fue impreso en los talleres sevillanos de la Imprenta y Librería de E. Hidalgo y Compañía y se publicó en 1881. Poco pudo disfrutar el autor de la admiración de sus numerosos lectores ni del reconocimiento de escritores de la época, entre ellos Antonio Machado y Álvarez "*Demófilo*", que realizó un gran apoyo y difusión de la obra de Balmaseda, al morir éste de hambre en Málaga, para que los beneficios de la venta de ejemplares, sacaran de la hambruna a su joven viuda e hija huérfana.

En Enero de este año, dentro de un capítulo dedicado a noticias ecijanas, inserte un precioso epitafio literario que el ecijano Benito Mas y Prat dedicó al también ecijano Manuel Balmaseda González y que apareció publicado en ***La Ilustración Artística, número 109 del 28 de Enero de 1884***, que, vuelvo a repetirlo y decía así:



"JUAN DEL PUEBLO.

¿Quién es Juan del Pueblo? ¿Dónde ha nacido? ¿Qué erudito lo ha tratado? ¿Dónde está su obra? ¿Cuál es su tumba y cuales las efemérides que dejó en las crónicas y en los calendarios?

Nadie lo sabe; genio desconocido, especie de sombra fugitiva que pasa sin detenerse ante vuestros ojos, que eternamente huye y aparece, apenas si pudo sorprenderle alguna vez la mirada escrutadora del pensador o del fisiólogo; apenas si logró estrechar su callosa mano al artista o al poeta.

Y sin embargo, él es el que cosecha los sazonados frutos del estío y de la primavera; él es el que entrega a la inteligencia un mundo de materiales; él es quien busca el metal y las piedras preciosas para satisfacer las vanidades de la sociedad voltaria y ostentosa; él, quien abate el cedro, hace llano de la montaña, mueve la máquina, despliega el lino sobre las olas, arroja el pez y el ave sobre la mesa del potentado, borda el paisaje de pictóricos grupos y recoge las salvajes armonías de la naturaleza.

Yo he visto a Juan del Pueblo cruzar por los vericuetos y las sinuosidades del monte con la piqueta al hombro, la chaqueta al brazo, la frente sudorosa y los ojos entornados melancólicamente; yo le he visto en traje de fiesta, en el ancho corro de la aldea, saltando y brincando como un chicuelo revoltoso; encendidas las mejillas, radiantes los ojos, entreabiertos los labios, teniendo enfrente a su compañera de amores y fatigas y satisfaciendo sus ambiciones



con un clavel o un ramo de jazmines; yo le he visto también, con la melena erizada como el león del desierto, los ojos fuera de la órbita, la antorcha incendiaria en la mano y ávido de devorar a la sociedad o de ser devorado por ella. En todos estos estados le he reconocido por

sus lineamientos propios, por nos notas características, por sus eternas genialidades. Juan del Pueblo, fue siempre el mismo, cuando se llamó ciudadano y cuando se llamó siervo; cuando siguió a Leónidas y cuando siguió a Espartaco.

Ánfora llena de esencia de tomillo o de campesinas mieles; instrumento melodioso o ronco, según el grado de habilidad de la mano que supo herirlo; volcán del que se desprendieron ora columnas de inofensivo humo, ora torrentes de lava capaces de convertir en yermos los lugares más deliciosos, Juan del Pueblo, fue, es y será siempre la contradicción viviente, el enigma de la Esfinge, la síntesis más acabada de la personalidad humana en su primitiva rudeza.

Yo he visto a Juan del Pueblo herir sin compasión a su hermano y llorar amargamente al pie de una cuna vacía; yo le he visto arrojarse a la hoguera y morir en el patíbulo, siendo a la vez malhechor y mártir; he escuchado en sus labios la maldición y la plegaria, el himno patriótico y el *Dies irae*, le he contemplado en el altar y en la barricada.

Juan del Pueblo no escribe; canta y llora, ruge o suspira tiernamente, aprende como un rapsoda la estrofa de Tirteo o improvisa sus coplas tiernísimas y originales. El punteado de la guitarra, el sonido del tamboril, las quejas de la gaita, he aquí sus músicas predilectas. Las bandas militares le aturden, las orquestas teatrales le molestan, si de grandes ruidos se trata, prefiere el del cañón y el de las terribles catástrofes sociales; Juan del Pueblo comprenderá, acaso, la música del porvenir; las orquestas que tienen por maestros el trueno, el huracán y el océano.

Estudiar a Juan del Pueblo, cuando se entrega a esas terribles aficiones, no suele prestar gran deleite al espíritu; prefiero por tanto contemplarlo en sus horas de calma.

El mar, el rayo de la luna y cuando lo riza el viento apacible de la noche, es mucho más bello que en las borrascas, aunque otra cosa crean los que sólo han visto las tempestades desde la orilla, y el mar tiene mucho del genio de Juan del Pueblo.

Decía que Juan del Pueblo canta y no escribe; ¡cuán tiernos y deliciosos son sus cantares!

Bajo el cielo azul de mi Andalucía, en sus campiñas bordadas de espigas y de flores, Juan del Pueblo se me ha mostrado alguna vez, encamado en una personalidad determinada.

Hace poco ha muerto entre nosotros un pobre poeta desconocido a quien yo hubiera dado el nombre con que encabezó estas líneas.

Balmaseda -así le apellidaban- había nacido en Écija, patria del dramaturgo Vélez de Guevara y del legista Pacheco; no sabía leer ni escribir y trabajaba de fogonero en la línea férrea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

Los que le conocieron aseguran que una melancolía extraña constituía el fondo de su carácter; que tenía distracciones de iluminado y que cuando oía cantar, se lo aprendía de memoria sin el menor esfuerzo.

Un día sorprendió a sus compañeros con una peregrina novedad, había sacado -compuesto- varios cantares. ¿Qué proceso extraño, qué transformación maravillosa se había apoderado en el alma de aquel rudo hijo del trabajo? Nadie pudo imaginarlo; el hecho es que Balmaseda componía versos que cantaba él mismo, y que deleitaban a los que los escuchaban; el hecho es que Balmaseda se había convertido en poeta.

Los estudios de literatura popular comenzaban a ocupar el magín de nuestros literatos y la nueva de que existía un *pobre que vertía perlas* sin conocer el a, b, c, corrió entre los folk-loristas sevillanos, que sintieron curiosidad extrema. Conocieron a Balmaseda, le halagaron con generosos aplausos, y el bardo del pueblo sintió robustecerse su estro rimando sus

contentos y sus aflicciones. La oruga se proveía de alas para abrasarse en los fuegos del sol; Balmaseda hacía publicar su librito de cantares y expiraba al poco tiempo.

Había cumplido su providencial misión; la oscuridad y el sepulcro la llamaban y él seguía obediente estas solicitudes.

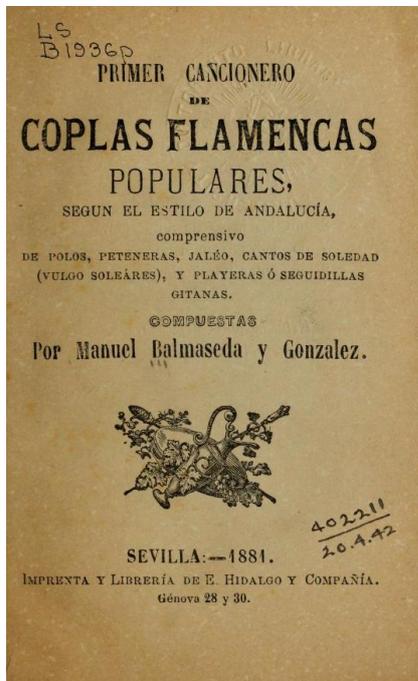
Como el cisne cantaba y moría satisfecho.

Un *dolorcito* continuo  
tengo en el *lao* derecho,  
ison *gorpes* del corazón  
que me están partiendo el pecho!

El pecho me están partiendo,  
yo no lo puedo *aguantá*,  
ison muchos los asesinos  
y grandes *gorpes* me dan!

Mi amigo, el poeta Luis Montoto, decía a la publicación del libro de Balmaseda, dirigiéndose al Sr. Machado, fundador de Folk-lore en Andalucía:

“Me dice una persona respetable, que el autor del *Primer Cancionero de Coplas flamencas* (Sevilla 1881) ha muerto de hambre. Yo no sé si sus compañeros de trabajo dirán su oración fúnebre encomiando la fuerza muscular de sus brazos y su mayor o menor destreza en limpiar los coches de la línea férrea -que este era su oficio-; tengo sí, el convencimiento de que tu excluirás, al pasar por la vista estas letras escritas al correr de la pluma: ¡Pobre Balmaseda! ¡Pobre poeta!”



Y en efecto, estas fueron las exclamaciones de todos aquellos que supimos la historia, por demás vulgar, del pobre trabajador que, víctima de los rigores de la suerte, había partido de este valle de lágrimas, dejando a su hija y a su esposa a la clemencia del cielo. ¡Pobre Balmaseda, sí, eso dijimos los que asistimos con la imaginación a los funerales del desdichado Juan del Pueblo!

Hijo del trabajo, había llevado a la fosa común el sello del genio que se ostentaba sobre su frente quemada por el sol y por la hulla. Se murió y lo enterraron. He aquí todo; ¿no es eso?

Acaso si no citara yo alguno de los cantares que contiene el libro de Balmaseda, habría quien creyera producto de una tildada sensiblería las líneas que llevo estampadas; veamos por tanto cómo tomaron forma en aquel cerebro inculto, las bellas concepciones de la musa andaluza.

Mi citado amigo hace notar, con sobrada razón, la preciosa analogía que hay entre la copla que sirvió a Bécquer para escribir su *Venta de los Gatos* y

una seguidilla del malogrado Balmaseda.

He aquí la que utilizó Gustavo Adolfo:

En el carro de los muertos  
la pasaron por aquí,  
llevaba una mano fuera,  
¡por eso la conocí!

Dice así lo que Balmaseda ha hecho:

Hasta el *carrerito*  
pasaba llorando,  
y la conocí por el *pañolito*  
que la iba tapando.  
La ví *enterraita*  
con la mano fuera  
¡cómo eran tan *esgraciaita*  
le *fartó* la tierra!

Bécquer, escritor culto, *poeta fino*, como diría uno de nuestros flamencos, no se atrevió a completar la coplilla que le inspiró una de sus más bellas leyendas; Balmaseda, es decir, Juan del Pueblo, identificado consigo propio, fue más atrevido y vio todos los detalles del cantar.

En la segunda seguidilla hay un toque dantesco, capaz de hacer llorar a un conductor de cadáveres: "*Cuando la enterraban faltóle la tierra*". A la compañera de Juan del Pueblo le falta frecuentemente.

¡El hijo del hombre, según rezan las Escrituras, tampoco hallaba una piedra donde reclinar su cabeza!

Oigamos a Balmaseda:

Aquel que tenga un sentío  
que no se ponga a pensar,  
que si piensa en achicarlo  
él mismo lo agrandará.

Espinita grande era  
la que le saqué al león,  
siendo fiera me lamía,  
¡mira si lo agradeció!

¡Dice que me quieres mucho!  
Yo me quisiera morir  
y después de muerto verte  
sin que me vieras a mí.

Estando en la *soleá*  
al silencio le hablé yo,  
para contarle mis penas,  
¡y el silencio no me oyó!

Juan del Pueblo, o Balmaseda, como ustedes quieran, ve las relaciones más lejanas y halla la forma poética sin conocer las flores del talco y trapo de la retórica. Penas a las que ni el silencio atiende, son penas de una intensidad infinita.

Limpíate los ojos  
que llorar no vale,  
que la mancha que a ti te ha *caído*  
se lava con sangre.

Anoche durmiendo vi  
un Cristo en mi cabecera,  
*enclavado* en la cruz  
con dos velitas de cera.

En estas coplas hay tal amargura y tal melancolía que con dificultad se encontrará nada que le sobrepuje en Heine y en Bécquer; la primera parece un reproche de Otelo, la segunda es más bella y más gráfica que aquella rima del poeta alemán que comienza así:

A la orilla del Rhin, del sacro río,  
la santa y gran Colonia se levanta, etc.

El coplero andaluz, con una ojeada inconsciente que hubiera envidiado el mismo Hartman, sorprendía los efectos externos de la pasión y los reducía a vivas imágenes. He aquí la prueba:

Como la bayeta negra  
tengo yo mi corazón,  
como la verde mis ojos,  
como la amarilla yo.

Pero hablando de Balmaseda se ha olvidado de Juan del Pueblo -dirá algún lector que haya visto otras muchas relaciones olvidadas por mí hasta este punto. No tendría razón, Balmaseda no es más que un nombre, un eco, una metamorfosis de nuestro Juan, aún cuando vivan su hija y su esposa y ardan las velitas de cera del Cristo que vio a la cabecera de su lecho. Es, como si dijéramos, *un detalle* que el lector frívolo puede dejar a un lado, un tipo que tomé de la realidad como hubiera podido tomarlo de los fantasmas de mi cerebro.

Juan del Pueblo, poeta, es así, y si bien pudiera presentarlo a mis

lectores palpitando en otras encarnaciones, no es este por ahora mi propósito.

Un moderno colector de cantares, mi querido amigo Rodríguez Marín, ha presentado a mi gigantesco protagonista escribiendo su propia historia en una serie de preciosas coplillas; el buen Juan del Pueblo es historiador y poeta lírico al propio tiempo. Poco trabajo nos costaría mostrarle como protagonista de una interminable epopeya.

Balmaseda ha muerto, pero sus rimas, tomando vuelo, como una bandada de aves canoras, por el Mediodía de España, irán a engrosar el tesoro de nuestros cantos populares.

Quizás alguna noche serena y estrellada, como aquellas en que presenciaba Heine el baile de los muertos, llegando a su ignorada hoyía con la brisa que agita las flores del cementerio, pugnarán por levantar a su autor de la sepultura. Sevilla 1883. BENITO MAS Y PRAT".

Hasta aquí hemos llegado. No todos los "artistas" ecijanos, como le paso a *Juan del Pueblo*, han tenido la dicha de recoger en vida el fruto material de sus trabajos. Lo del Poeta Balmaseda y González, lo poco o mucho que dejó su obra, sirvió para ayudar a su viuda e hija, pero de lo que no cabe duda, que el mismo dejó un legado literario flamenco de irreconocible valor y que, gracias a la publicación del *Cancionero*, ha llegado hasta nosotros.

Respecto a mi estado de salud, pasé la primera consulta de oncología y me prescribió una analítica que tengo que llevar al médico el día 21 de los corrientes, a fin de prescribirme el tratamiento siguiente. Quiere decir que, de momento, sigo bien.